



En la Isla Quiriquina

Enrique Cordovez Pérez*
Capitán de Navío

Observaba el paisaje a través de la ventanilla del avión turbohélice Avro 748 de Lan Chile, el cual recién había despegado del aeropuerto de Carriel Sur con destino a Pudahuel. A medida que avanzábamos en el sobrevuelo de la Bahía de Concepción se iba destacando la silueta de la Isla Quiriquina, para algunos un estilizado pez y para otros un lagarto de los que alguna vez la habitaron.

Había transcurrido un año desde aquel día en que llegué al Molo 500 con una abultada maleta y muchas inquietudes sobre este transbordo como oficial instructor de la Escuela de Grumetes "Alejandro Navarrete Cisternas". En cuanto puse un pie a bordo del "Sobenes", el sargento al mando de la embarcación me invitó a subir al puente y al calor de un café me contó que el viaje entre la isla y la base demoraba más de media hora, comentando que se hacía todavía mucho más largo para quienes debían primero hacer un primer trayecto por tierra.

Hecha las presentaciones de rigor al Director y Subdirector de la Escuela, me notificaron que este sábado estaba de oficial de guardia. "Pajarito nuevo la lleva" dije para mis adentros cuando iba camino al casino donde ya habían llegado algunos oficiales. Ese año 1972 los 7 oficiales de división, el jefe de actividades y el segundo oficial de abastecimiento éramos compañeros de curso. Una concentración de subtenientes que solamente ocurría en los viejos cruceros.

Lejos del hogar los instructores de cada sección y el oficial de división eran para los grumetes una extensión de su familia. Ellos eran quienes les premiaban, sancionaban y orientaban en todo sentido. Muchas veces confidentes de sus problemas personales les guiaban en el tránsito a ser adultos responsables.

Una guardia muy distinta

A la hora del desayuno del día siguiente comencé a averiguar con mis "carretas" sobre las obligaciones de la guardia, entre las cuales se encontraban las típicas de vigilancia, aseo y logística de una repartición terrestre. Pero, en una isla se agregaba el control del régimen de transbordadores hacia y desde la Base Naval de Talcahuano que había que despachar y recibir en el horario establecido.

Para esta función existían 2 transbordadores: el "Meteoro" con mayor capacidad de pasajeros y el "Sobenes", que era un pesquero acondicionado con menor



capacidad, los cuales operaban desde Caleta Las Casas en el Muelle Sur. No obstante, la guardia estaba constituida en el Muelle Norte, frente a la Escuela, donde operaban otras embarcaciones: la lancha "Isleña", de menor tamaño y más rápida, para uso del Director y viajes especiales, a la cual se sumaban botes de doble bancada, una chalupa aparejada para navegar a la vela y un serení. Otra preocupación para el cabo de guardia y mensajeros apostados allí quienes debían estar vigilando las amarras por si aumentaba el viento.

El caso es que entre ambos muelles mediaba la distancia de un kilómetro, por lo que el Oficial de Guardia debía desplazarse desde uno a otro lugar en la micro que iba a dejar y recoger pasajeros. Una vez desembarcados, estos se iban distribuyendo a lo largo de las casas en un camino de un kilómetro y medio, que llegaba casi hasta el matadero, al final de la rada principal de la isla.

Por otra parte, al igual que en un buque las cocinas, la panadería y la lavandería seguían funcionando con los especialistas de la guardia apostada.

Supuse que, habiendo vehículo, todo se soluciona fácilmente. Así que fui a averiguar quién era el chofer de mi guardia. La sorpresa fue que, por estar en época de verano y con reducción de personal, esa tarea la asumía el oficial de guardia. El problema es que yo no sabía manejar, salvo la experiencia de un par de cuadras en el auto del apoderado de mi mejor amigo, una noche en Viña.

Antes de que saliera franco el único chofer que quedaba en la isla, le pedí que me hiciera una rápida instrucción y di una primera vuelta a la cancha de fútbol en la micro del recorrido Base Naval–Concepción, cedida por la II Zona Naval. Después de varios intentos logré salir airoso en la lucha con la palanca vertical de cambios. Supuse que manejar en una sola calle, relativamente recta y sin tráfico, no tendría grandes inconvenientes. Con el "resguardo mariner" correspondiente me fui en la micro semi vacía al Muelle Sur, para recibir el transbordador de las 13 horas y despachar el siguiente 15 minutos más tarde.

Ya con la micro llena y varios pasajeros de pie inicié el trayecto de Sur a Norte y todo marchaba muy bien, hasta que sonó la campanilla del primer paradero. Con presteza reaccioné para detener el vehículo, pero no reparé que las micros tienen frenos de aire. La detención fue tan brusca que todos los que iban parados se agolparon y casi salieron por el parabrisas delantero. Tuve que dar las excusas del caso, mientras algunas señoras al bajar me miraban con resignación.

La importancia de la higiene

La llegada en febrero de los más de 800 grumetes cambió el ritmo cancano de la Isla y con ayuda de un suboficial, 2 sargentos y un cabo IM recibimos, equipamos



y formamos a los 128 adolescentes asignados a la 3° División, la de la vela roja que ganaba regatas. Muchos de ellos provenían de sectores rurales con precaria instrucción. Algunos incluso sin saber para que servía un simple teléfono.

En un año en el que la economía del país se iba a pique, el equipamiento estándar no alcanzó para todas las divisiones y los de las 7° División no recibieron sus botas hasta un mes después de haber llegado a la Escuela. Por lo que debieron enfrentar las prácticas de infantería y otras actividades militares con zapatillas, de allí que debieron soportar durante todo ese tiempo el burlesco apodo de "los suplementeros", hasta que por fin recibieron las mentadas botas.

Todos tenían, eso sí, la ilusión de egresar de la prestigiosa "escuela de altivos marineros" y compartían el sueño de navegar en los buques de la Armada de Chile, para servir a su Patria en los rincones más apartados de nuestro litoral y eventualmente poder salir alguna vez en comisión al extranjero.

Sin embargo, ese hermoso sueño se iniciaba en la dura realidad de antiguas instalaciones que el menguado presupuesto naval de Educación sostenía con mucho esfuerzo en la Isla Quiriquina. Los entrepuentes o cuadras en el lenguaje militar estaban limpias, pero con un piso de cemento muy desgastado.

La presión hidráulica no era suficiente para que todos los grumetes se pudieran bañar al mismo tiempo y la solución naval fue dosificar el agua y disponer que las divisiones se bañaran con "agua dulce" día por medio y, los otros días, no habiendo condiciones de mal tiempo, les "consultaba baño de mar".

Tal como el oficial debía ir al frente del grupo en el trote de la mañana, igual cosa tenía que hacer en aquellos días del baño de mar. Esta obligación no parecía tan terrible durante el verano. Sin embargo, lo que ocurre es que el agua de mar en nuestro país es fría ya que gran parte de litoral es bañado por la corriente de Humboldt. Mientras más al Sur uno se mete al mar, es mucho más fría.

Así que, a la hora de la diana en días de trabajo los oficiales de división éramos quienes encabezábamos al centenar de bañistas que, poco después de las 6 de la mañana, tiritaban y miraban con bastante espanto las pequeñas olas que reventaban cadenciosamente una tras otra en la apacible y desierta playa.

Qué remedio, al mal tiempo buena cara. Nuestro grito de guerra era ¡Qué rica el agua! al mismo tiempo que nos lanzábamos de piquero y dábamos unas cuantas brazadas buscando mayor profundidad. A los grumetes no les quedaba otra opción que seguir el ejemplo, bajo la vigilante mirada de los instructores, quienes se aseguraban que nadie se perdiera tan higiénica costumbre.



Unidad de trabajo grumete-balde

Durante años de clases de física y otras disciplinas afines se aprende una serie de unidades de medida de los fenómenos físicos. Pero, quizás la más exótica, que descubrimos junto a mis compañeros de curso en esa época de la Isla Quiriquina, fue la unidad de trabajo humano denominada "Grumete-Balde".

Por lo que me contaban los instructores, al recordar su pasada por la Escuela, los baldes de color rojo habían sido instalados para sofocar con arena un principio de incendio y, en el caso de una emergencia mayor, ser usados por hileras de grumetes que proveerían, al pasarlos de mano en mano, un flujo continuo de agua de mar. No obstante, el balde rojo tenía otros múltiples usos que fuimos descubriendo a medida que trascurría el proceso de instrucción.

Las máquinas de la lavandería no daban abasto para toda la demanda existente. Por esta razón, parte de la ropa del equipo del grumete debía ser lavada por ellos mismos. De allí que, en forma programada, las divisiones peregrinaban por turnos a la Laguna de Los Patos para lavar las prendas que no iban a lavandería.

Dicha laguna constituía la reserva de agua relativamente potable de la isla. Pero, por estas curiosidades de la naturaleza, había sido invadida por una colonia de patos silvestres imposible de erradicar. Se les había disparado, colocado trampas, distintos tipos de productos químicos y hasta un grupo de expertos extranjeros habían venido a observarlos y diagnosticar sesudas soluciones.

Pese a todo lo anterior los patos sostenían férreamente su posición y no estaban dispuestos a abandonar su habitat en las copas de viejos árboles que por la presencia de los plumíferos habían perdido casi todas sus hojas. En resumen, el agua de la isla, después de pasar por algunos filtros purificadores seguía teniendo gusto a pato. El té, el café y hasta la escobilla de dientes tenían gusto a pato, pero servía para lavar la ropa que los grumetes llevaban en su balde.

Otra aplicación práctica de esta unidad de trabajo era la muy necesaria tarea de mantener la vialidad expedita. A medida que se aproximaba el invierno en la zona sur de aquellos años, cuando tenía que llover, llovía. En esos días la larga calle antes descrita se inundaba. Como era de prever, no estaba pavimentada y, si alguna vez tuvo una capa de gravilla, esta se encontraba bien sepultada.

Por lo consiguiente, con las persistentes lluvias del otoño y las copiosas del invierno, la calle principal de la isla se hacía intransitable y la micro se quedaba pegada en el fango. La solución era agregarle huevillo, pero este valioso material se encontraba al otro lado de la isla. Había que llegar por estrechos senderos



hasta una playa del sector poniente de la Bahía, al cual los marinos llaman "Boca Chica", en contraposición del otro amplio acceso conocido como "Boca Grande".

La pregunta era siempre ¿Cuándo va poder pasar la micro? Y la orden del Capitán Teperman, Subdirector de Escuela al Teniente Arrate, Jefe del Departamento de Instrucción, era muy simple: Reparar a la brevedad. Por la cadena de mando esta orden perentoria llegaba hasta uno de los oficiales de división, el cual tenía que calcular cuántos grumetes sacar de las actividades normales para ejecutar la tarea encomendada. Cálculo que por supuesto requería el uso de la unidad "Grumete-Balde" para obtener el resultado exacto de dicha operación.

También el balde servía para dar bienestar a los grumetes. Para algunos, que por malas notas o conducta no tenían derecho a "salir franco" el fin de semana. Para otros, cuyos parientes residían fuera de la zona y no tenían dinero para llegar a sus casas. El balde era usado en esos casos para ir a mariscar y producir con ello una "mejora de rancho", la que se podía compartir con los amigos. Algunos grumetes expertos en las artes de pesca, como el "Tumbino", con sincero afecto le regalaban mariscos frescos a sus oficiales de división.

El Panchulo sabe lo que hace

Como el agua tenía gusto a pato, las quejas de las señoras de oficiales y gente de mar, no acostumbradas a las peculiaridades de la isla, pedían que se repartiera agua sin gusto a pato, especialmente para preparar las mamaderas de sus hijos más pequeños. De allí entonces que la "cachaza marinera" había provisto una solución ad-hoc a esta demanda: distribuir agua de la vertiente que había en la isla, casa por casa, mediante un tonel montado en una carreta.

Posiblemente esta modalidad había sido originada en la mente de un suboficial cazurro como el "Viejo Pinot" quien, con su cicatriz de pirata en el bigote y el infaltable pito de maniobra en la boca, había sido nuestro Contra maestre del Buque Escuela Esmeralda. O simplemente se había replicado una antigua costumbre del campo chileno heredada de los tiempos rurales más remotos.

La distribución del agua de vertiente era una de las obligaciones de la División que se encontraba de servicio y normalmente se asignaba un par de grumetes que tenían la tarea de conducir la carreta portadora del líquido elemento, vehículo que era tirado con infinita paciencia por un buey llamado "Panchulo".

Estando la división de servicio, los oficiales de guardia teníamos que desplazarnos por los distintos y alejados lugares en los cuales había grumetes cumpliendo algún tipo de obligación. Para ello no siempre estaban disponibles el



Land Rover o el camión 3/4, así que varios habíamos adquirido bicicletas "Mini CIC" que eran muy prácticas para efectuar rondas de supervisión imprevistas.

En una oportunidad me dediqué a observar la tarea de distribución de agua a cargo de 2 grumetes de la división que no se percataron de mi presencia. Uno iba a recibir los tiestos en vacíos y el otro esperaba junto a la carreta para llenarlos. Pero, antes de que ello ocurriera el Panchulo iniciaba su marcha y se detenía en la siguiente casa. Aun cuando los grumetes utilizaran todos los medios posibles para impedirlo el buey seguía impertérrito su hoja de ruta.

Llamé al suboficial Navarrete quien llegó presto con su cara bonachona, su pelo blanco y su panza en ristre, para hacerle ver que la distribución de agua no estaba funcionando como debía ser. Como solución a esta deficiencia de la división le planteé que tendríamos que programar una instrucción especial para muchos grumetes que no tenían experiencia en las faenas del campo.

Navarrete me escuchó con mucha atención y después de una breve cavilación me dijo "Mi teniente, el Panchulo es un buey que lleva más de 10 años en la isla. Es cosa de ver el inventario de los animales donde están todos registrados con las fotos de sus respectivas manchas. Este noble animal ha estado arrastrando la carreta con el tonel de agua casi todo ese tiempo y se conoce el trayecto como la planta de su pezuña. Él sabe dónde parar y por cuánto rato, para completar el recorrido antes de que se le agote el agua. Los grumetes son los que tienen que aprender a moverse más rápido. El Panchulo sabe lo que hace"

- ¡Señor!
- ¿Me habla a mí?
- Si señor, tiene que volver a su asiento porque vamos a tener turbulencias
- Discúlpeme la distracción, pero es que estaba mirando con nostalgia la silueta de la Isla Quiriquina. Estuve un año viviendo ahí...
- Hace rato que dejamos atrás la Isla, parece que es mucha la nostalgia...

*Ingeniero en Armas APN; Magíster en Sociología PUC.